

La Daga de Mundos

NoMago

Image not found.

Capítulo 1

El fugitivo

Paso a paso se abandonó a la oscuridad de la cueva, dejándose engullir por ella. Primero sus brazos hasta el último vello de su tobillo, cada parte de su cuerpo fue extinguido, se entregó a lo desconocido como lo hace un suicida al mar infinito, desprendiéndose de cada ropa, de cada recuerdo, alejando el remordimiento, condenando el pasado, renegando de lo vivido, de sus seres queridos y los odiados en vilo.

Como un suicida, egoísta a su destino, porque eso era Thomas, un asesino de sí mismo, se mataba en aquel mundo para seguir vivo como él era, como estaba convencido era, ya no le importaba nadie más, solo sí mismo. Su cuerpo era oscuridad, no luz, pensamientos tan oscuros como su nuevo hogar, entre ellos la Daga refulgía de negrura.

Estaba como la había dejado. Envuelta en la suave tela que se enroscaba alrededor suyo, la hoja había rasgado un poco la tela, se encontraba tan limpia como la última vez, de aquel color que oscilaba entre plata y blanco, el color de la pureza concluyó Thomas, su filo era tal que brillaba al compás de los destellos de su linterna, aún así decidió probarlo en su dedo, un pinchazo y algo parecido a un latigazo castigo la yema del índice derecho de su dedo, exhaló una maldición y se lo llevo a la boca, lo enfocó con la linterna, un hilillo carmesí nacía en su mano y moría en el antebrazo, pero ya no sentía nada más que el tacto de la empuñadura de la daga en la palma, su dureza, la empuñadura era como un vidrio, el vidrio más fuerte jamás blandido, lo sentía tan frágil en su ignorancia. Donde terminaba la empuñadura, empezaba la hoja, donde terminaba la hoja, terminaba la daga. La daga que estaba decidido a blandir.

Thomas dio un tajo a la realidad y está se abrió, y lloró como si se hubiera roto en miles de vidrios, se desplegó como una flor en su estación, con pétalos rodeados de un brillo dorado, pétalos color caos, colores que fluctuaban a cada pestañeo suyo, que tan pronto era una ciudad, eran selva, o montañas o mares, pétalos unidos a un centro más oscuro que la noche aciaga hace años que no había vivido, un centro que lloraba, Thomas escuchaba sus gritos y como herían sus oídos. Sentía sus lágrimas frías como cuchillas, atravesando sus ropas y erizando sus vellos, sus lágrimas lo empujaban en vez de atraerlo, era una zanja dimensional, de donde escapaba otra realidad. La zanja se abría a sus pies

Por un momento pensó en su madre, en sus ojos candorosos, en su espalda frágil y encorvada, en su cabeza como una mora vieja y suave, con una cabellera salpicada de plata, en sus tetas caídas y piernas

flácidas, en su mirada triste y su sonrisa cansada.

Por un largo momento pensó en lo vieja y acabada que estaba y en un momento cruzó.